

CAPITULO 1

del libro

“Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la globalización”

de **Jordi Borja y Manuel Castells**,
Editorial Taurus, sexta edición, febrero
2002.

GLOBALIZACIÓN, INFORMACIONALIZACIÓN Y GESTIÓN DE LAS CIUDADES.

INTRODUCCIÓN

Las ciudades y sociedades de todo el mundo están experimentando en este fin del siglo XX una profunda transformación histórica estructural. En el centro de dicha transformación se halla una revolución tecnológica, organizada en torno a las tecnologías de información. Basándose en la nueva infraestructura tecnológica el proceso de globalización de la economía y la comunicación ha cambiado nuestras formas de producir, consumir, gestionar, informar y pensar. No toda la actividad económica o cultural en el mundo es global. En realidad, la inmensa mayoría de dicha actividad, en proporción de personas participantes, es de ámbito local o regional. Pero las actividades estratégicamente dominantes, en todos los planos, están organizadas en redes globales de decisión e intercambio, desde los mercados financieros a los mensajes audiovisuales. El planeta es asimétricamente

interdependiente y esa interdependencia se articula cotidianamente en tiempo real, a través de las nuevas tecnologías de información y comunicación, en un fenómeno históricamente nuevo que abre de hecho una nueva era de la historia de la humanidad: la era de la información.

Los procesos de urbanización, las ciudades y los ciudadanos no son ajenos a dichos cambios estructurales. De hecho, asistimos al proceso de urbanización más rápido y de mayores dimensiones de la historia. En unos pocos años la mayoría de la población mundial será urbana y la inmensa mayoría de esa población urbana habitara en ciudades de países hoy en vías de desarrollo. La era de las telecomunicaciones no diluye los centros urbanos, como auguraban los deterministas tecnológicos, sino que, al contrario, al permitir la gestión y la comunicación entre si de sistemas urbanos y rurales distantes, tiende a concentrar a la población en aglomeraciones territoriales, parcialmente discontinuas, de gigantesca dimensión y de características socio-espaciales históricamente nuevas, tal y como trataremos de analizar en este libro. En cierto modo, el destino de la Humanidad se juega en las áreas urbanas y, sobre todo, en las grandes metrópolis.

La gestión de dichas ciudades y la construcción de nuevos modelos de vida capaces de responder a las nuevas formas productivas y culturales plantea enormes desafíos. No solo por la acumulación de problemas funcionales, sociales y medio ambientales en los asentamiento humanos de nuevo tipo, sino porque nos encontramos ante procesos de

transformación escasamente entendidos. Las políticas urbanas practicadas hasta ahora parecen desfasadas ante los desafíos de la globalización de la economía y la tecnología frente a la localización de la sociedad y la cultura. Los gobiernos municipales están frecuentemente superados por acontecimientos que ocurren en esferas fuera de su control. De ahí que el paso indispensable hacia una redefinición de los instrumentos de gestión urbana es el análisis de los procesos tecnológicos, económicos, culturales e institucionales que están en la base de la transformación de las ciudades. Tal es el tema que, de forma esquemática, intentara abordar este capítulo.

LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURAL: LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y LA ECONOMÍA GLOBAL.

En las dos últimas décadas se ha constituido un nuevo paradigma tecnológico que denominamos informacional y que representa una divisoria histórica tan importante como la que constituyó la revolución industrial. La revolución tecnológica actual está centrada en las tecnologías de información que incluyen la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones y también, aunque con una marcada especificidad, la ingeniería genética (Castells y otros, 1986; Castells, 1996a). Si bien los fundamentos científicos de dicha revolución son antiguos y algunos de sus elementos industriales existieron desde los años cuarenta, su constitución en sistema tecnológico, difundido y aplicado, data en realidad de la década de los mil novecientos setenta, partiendo en buena medida de los centros tecnológico-industriales norteamericanos de California y Nueva Inglaterra. Su difusión tuvo lugar, primero, en la tecnología militar y en las finanzas internacionales. Paso a las fábricas industriales a principios de los ochenta, se extendió por las oficinas a finales de los ochenta, y está llegando en estos momentos a nuestros hogares a través de las llamadas autopistas de la información (Sullivan-Trainor, 1996). Los efectos de este cambio de paradigma varían según países, culturas, instituciones, niveles y formas de desarrollo, pero se pueden observar algunos rasgos comunes que afectan al conjunto de las sociedades con intensidades diferentes y según diversas

modalidades. Sintetizaremos a continuación algunos de estos rasgos fundamentales que surgen de la interacción recíproca entre revolución tecnológica y estructura social. Es importante resaltar que si bien las nuevas tecnologías de información no son la causa de los fenómenos que a continuación se reseñan, constituyen la infraestructura indispensable para su existencia: sin informática y telecomunicaciones globales, por ejemplo, no habría economía global o mundialización de la comunicación.

El primer y más importante elemento asociado con el paradigma informacional es la formación de una economía global como actual unidad económica operativa (Chesnais, 1994). Precisemos el significado del término. No estamos hablando de una economía mundial, que existe de hecho desde el siglo XVI, ni siquiera de una economía sometida a procesos de internacionalización de la actividad. Por economía global entendemos una economía en la que las actividades estratégicamente dominantes funcionan como unidad a nivel planetario en tiempo real o potencialmente real. Tal es el caso de los mercados de capitales que están mundialmente integrados mediante conexiones electrónicas instantáneas procesadas por sistemas de información con gran capacidad de memoria y velocidad de tratamiento. Pero también la tecnología, la información y la gestión de las principales empresas, y de sus redes auxiliares, están articuladas globalmente. Como lo están, cada vez más, la producción industrial, los servicios avanzados, y los mercados, ya sea a través de empresas multinacionales, de redes de

empresas o de mecanismos de intercambio. El trabajo altamente cualificado también se está constituyendo en mercado global, si bien las masas de emigrantes pobres y sin calificación actúan más como ejército de reserva que como forma de globalización. En general, el capital es global, pero la mayor parte del trabajo es local (Campbell, 1994). Lo que caracteriza la nueva economía global es su carácter extraordinariamente incluyente y excluyente a la vez. Incluyente de lo que crea valor y de lo que se valora, en cualquier país del mundo. Excluyente de lo que se devalúa o se minusvalora. Es, a la vez, un sistema dinámico, expansivo, y un sistema segregante y excluyente de sectores sociales, territorios y países. Es un sistema en el que la creación de valor y el consumo intensivo se concentra en unos segmentos conectados a escala mundial, mientras que para otros amplios sectores de la población, de dimensión variable según los países, se produce una transición de la anterior situación de explotación a una nueva irrelevancia estructural, desde el punto de vista de la lógica del sistema (Carnoy, Castells, Cohen y Cardoso, 1993). Tales tendencias no son inexorables. Pero para contrarrestarlas, utilizando el potencial creativo de las nuevas tecnologías en beneficio de la mayoría de la población, hacen falta políticas correctoras de los desequilibrios actuales.

